



Imagen 2. Cuatro cilindros de cera para grabar, sombrero y fonógrafo marca Edison c. 1908. Colección particular.

En primer lugar, se puede considerar que el núcleo lo constituye el recurso usado en el cartel, esto es, mostrar los cambios de la tecnología de grabación y reproducción de sonidos en paralelo a la elaboración de textos y producciones discográficas derivados de las investigaciones de antropólogos conectados directamente con el quehacer académico de la Fonoteca del INAH. En ese sentido, aunque el público asistente a la muestra no tuviera conocimientos previos de etnomusicología, pudo tomar la selección de aparatos como punto de arranque para entender el discurso museográfico desarrollado en la parte de la curaduría por Benjamín Muratalla y en la museografía por Énoe Mancisidor. Tal discurso se centró en la cuestión de cómo la grabación de la música se ubicaba en dos planos que se intersectan: el del contexto de las comunidades donde se llevaba a cabo el trabajo de campo y el del desarrollo de la tecnología de registro de sonidos. De manera discreta ese cruce estuvo plasmado en la presentación de aparatos de grabación acompañados de un elemento de la comunidad que daba a entender el contexto cultural. Es así que aparatos de registro de sonido como un fonógrafo de 1908 o un cilindro de cera de 1904, ambos de marca Edison; una grabadora de alambre electromagnética Webster Chicago (1940–1950) o dos grabadoras de cinta magnetofónica portátiles de carrito abierto, una Grundig Tk1 (1950–1955) y otra Nagra (1969) compartieron las salas del museo con indumentaria huichol (Imagen 3), máscaras para un baile o instrumentos musicales tradicionales. Los aparatos

de grabación presentados en la muestra pertenecen a las Colecciones de la Fonoteca del INAH, del Ing. Salvador Vélez, del Dr. Benjamín Muratalla, del Dr. Carlos Macías y Armando Pous Escalante, y dieron al espectador la posibilidad de hacer un recorrido en el tiempo desde el mundo analógico hasta el digital.



Imagen 3. Morral huichol y grabadora de alambre electromagnético marca Webster Chicago c. 1940–1950. Colección Fonoteca INAH.

La presencia de una grabadora de alambre y reproductora de discos (The Phentom Corporation, modelo Astrasonic 748 de 1949) o de una grabadora de cinta de carrete abierto (Phillips, 1980) no solamente marcaron el paso del tiempo sino también mostraron lo relativo que es el concepto de lo portátil en la tecnología, cuando se compara su tamaño y el de los dispositivos de finales del siglo XX y principios del XXI, como la grabadora tipo reportero de casete (Optimus, 1985–1990) y la grabadora de minidisco (Sony, 1995). En estos casos, el tamaño sí importaba dado que implicaba el esfuerzo que un etnomusicólogo debía llevar a cabo para viajar de un lugar a otro. Es en este punto donde resulta de interés saber que junto al registro sonoro y a los apuntes hechos en una libreta, el etnomusicólogo también realizaba el papel de fotógrafo o dibujante y a veces eran fotografiado en sus tareas antropológicas. Tanto la exposición, y muy especialmente el folleto que la acompañaba, dejaron claro que junto

a las grabaciones que el público podía escuchar por medio de audífonos empotrados al lado de los objetos presentados y los libros producto de las investigaciones de los antropólogos, la Fonoteca del INAH cuenta con un muy interesante archivo visual que demuestra que Arturo Warman, por ejemplo, era un hábil e inspirado fotógrafo de danzantes tarahumaras y músicos de Tierra Caliente en Michoacán. También de interés son las imágenes que dan fe de las actividades de Henrietta Yurchenko (1916–2007), Irene Vázquez Valle (1937–2001) o Samuel Martí (1906–1975) (Imagen 4) dentro de las comunidades de diversas partes de México tomando notas, manipulando los aparatos de grabación mientras los músicos cantaban o tocaban violines y arpas o, como en el caso de Yurchenko, con los audífonos puestos revisando la calidad del registro sonoro. En ese sentido las imágenes eran un registro visual del registro sonoro de la interpretación de los músicos tradicionales. Otros investigadores representados tanto en imagen como en sus escritos fueron, entre otros, René Villanueva Sandoval y Arturo Warman Gryj (1937–2003), quien, por cierto, durante la década de los años sesenta fue asesor de música de la sala de etnografía del Museo Nacional de Antropología. Otro aspecto de interés fue la colección de libros sobre antropología y etnomusicología producto del trabajo de campo que acompañaron a los equipos de grabación presentados en la exposición, como *Canto, danza y música precortesianos* escrito por Samuel Martí (Imagen 5). Dado lo dicho anteriormente, la exposición hablaba de la compleja relación entre el trabajo de campo y el doble registro tanto visual como aural que llevaban a cabo los antropólogos en el siglo XX.



Imagen 4. Samuel Martí en trabajo de campo en la región otomí, c. 1960. Imagen: Fototeca del INAH.



Imagen 5. Portada del libro *Canto, danza y música precortesianas*. Fondo de Cultura Económica. México. Colección Fonoteca INAH.

Dentro de los recursos museográficos manejados en la exposición se incluyeron varios carteles que conjugaban elementos textuales, gráficos y musicales, como en el caso de aquel con información sobre el *Primer canto indígena grabado y estudiado*, en este caso el “Canto del Mitote”, grabado por K. T. Preuss entre los coras. La iconografía musical también estaba presente en las portadas de discos LP, casetes y discos compactos producidos por la Fonoteca del INAH.

Junto al interés de la exposición en sus aspectos visuales y aurales, la Fonoteca del INAH organizó una ceremonia de inauguración muy especial, ya que dio reconocimientos a investigadores y músicos involucrados en la serie de producciones discográficas denominadas *Testimonio musical de México*. En el caso de quienes ya habían fallecido, Irene Vázquez Valle, Arturo Warman y Gabriel Moedano, el homenaje lo presenciaron sus familiares. Por otra parte, lo recibieron en persona los investigadores Antonio García de León, Thomas Stanford y la cantante de música tradicional Inés Carrillo. Ese momento fue un salto del pasado al presente dado que reunió a Inés Carrillo con Stanford. Ella cantó “Huecanías” para que Stanford la grabara años atrás, en 1959 (Imagen 6). Momentos después de la ceremonia Carrillo volvió a entonar, 58 años después, la misma canción para los medios. Cuando ella finalizó los que estábamos presentes la felicitamos por su interpretación, a lo que ella contestó: “Y eso que no la había ensayado. Hace mucho tiempo que no la cantaba”.



Imagen 6. Thomas Stanford y la cantante de música tradicional Inés Carrillo.

Tal vez es eso lo que late en el corazón de la exposición *Ecos de la cultura. Etnografía y grabación sonora*: la interpretación musical como una actividad humana que en sus vertientes visual y aural han podido ser registrados y reproducidos por la tecnología (gracias a las cámaras fotográficas y grabadoras de audio) pero actualizadas o resignificadas por la memoria para nuestro presente. Desde aquí felicitamos a la Fonoteca del INAH por su 52° aniversario y la exposición aquí comentada.